

Escarcha a medianoche

Samuel Taylor Coleridge

La escarcha ejerce su secreto oficio,
sin ayuda del viento. Y cruza el aire
el agudo ulular de una lechuza,
¡y otra vez!, tan agudo como antes.
Los moradores de mi hogar, dormidos,
me han arrumbado en esta soledad
que favorece abstrusos pensamientos:
excepto que a mi lado, en paz, dormita
mi hijo en su cuna. ¡Cuánta calma! Tanta,
que perturba y hostiga al pensamiento
con su extraña y extrema discreción.
Mar, colina y bosque, ¡qué pueblo afluyente!
¡Mar, y colina, y bosque,
con los innumerables ajetreos
de la vida, inaudibles como sueños!
Ya no tiembla en mi hoguera moribunda
la tenue llama azul; sólo su aura,*
que aleteaba en la parrilla, ondea
aún, única forma en movimiento.
Pienso que su ademán, en el sosiego
de la naturaleza, le da sordas
simpatías conmigo, que estoy vivo,
convirtiéndola en una afable imagen,
cuyas débiles lenguas y arabescos

* Nota del autor en la edición de 1798: «*En todas las regiones del reino estas auras reciben el nombre de visitantes, pues se supone anuncian la llegada de algún amigo ausente*».

el indolente espíritu interpreta
a su forma –buscando en todo un eco
o un espejo de sí– y hace juguete
del pensamiento.

¡Ah, con qué frecuencia,
en la escuela, con mente siempre crédula,
colmado de presagios, contemplé
sobre el hierro a ese inquieto *visitante*,
cuántas veces, con párpados abiertos,
soñaba con el pueblo de mi infancia
y la vetusta torre de la iglesia
cuyas campanas, sola música de los pobres,
tañían desde el alba hasta el ocaso
en los días de fiesta y de calor,
tan dulces que me hablaban y rondaban
con un gozo salvaje, descendiendo
en mis oídos casi como notas
trabadas de sucesos venideros!
Así miraba yo, y aquel sosiego
de las cosas soñadas me adormía,
y al dormir proseguían mis ensueños.
Luego rumiaba toda la mañana,
temeroso del ceño ensombrecido
de mi maestro, fija la mirada
con fingida atención en mi cuaderno:
menos cuando la puerta se entreabría,
y capturaba una visión furtiva,
y el corazón volvía a darme un salto,
pues aún esperaba ver el rostro
del *visitante*, alguien de la aldea,
o una tía, o mi tan querida hermana,
compañera de juegos y de ropas.

Hijo mío, que duermes a mi lado
en tu cuna, tu suave aliento, oído
en el silencio, colma los vacíos
intercalados y las momentáneas
pausas del pensamiento. Y tan hermoso
reparas, que mi corazón se enciende
con sencilla alegría al verte así,
y pensar que tendrás otras costumbres,
y en muy otro lugar. Pues yo crecí
en la enorme ciudad, encarcelado
entre claustros sombríos, y no tuve
más belleza que el cielo y las estrellas.
Pero tú, hijo mío, vagarás
como el aire por lagos y arenosas
riberas, bajo el filo de montañas
venerables, y bajo aquellas nubes
cuya masa es reflejo de los lagos,
de la orilla, del filo de los montes:
escucharás, pues, y serás testigo
de las hermosas formas y sonidos
del eterno lenguaje inteligible
que profiere tu Dios, quien se revela
desde la eternidad en todo, y todo
lo revela en sí mismo. ¡Gran Maestro
Universal! Pues tu alma ha de formar,
y con su don dar pie a tus plegarias.

Así la rueda de las estaciones
te será dulce, ya el verano vista
la tierra de verdor, o el petirrojo
se pose y cante en la desnuda rama
del musgoso manzano, entre manojos
de nieve blanda, mientras a su lado
la techumbre de paja humea al sol;

ya caigan del alero iluminado
las gotas de rocío, sólo audibles
en la quietud que sigue a la tormenta,
o el oficio secreto de la escarcha
las torne estalactitas refulgentes,
calladas bajo la callada luna.

Versión de Jordi Doce

Nota del traductor: *A la hora de traducir este poema de S. T. Coleridge, me he servido principalmente de dos volúmenes: Samuel Taylor Coleridge, The Complete Poems, edición de William Keach, Londres, Penguin, 1997, pp. 231-233., y La música de la humanidad: Antología poética del Romanticismo inglés, selección, traducción y prólogo de Ricardo Silva-Santisteban, Tusquets, Barcelona, 1993, pp. 144-146. De hecho, quiero dejar constancia en estas líneas de lo mucho que debe esta versión a la realizada por Silva-Santisteban. A pesar de que el escritor peruano omite dos líneas del poema original, desde «and beneath the clouds» (1.56) hasta «And mountain crags» (1.58), y malinterpreta otros tantos pasajes (en concreto, el final de la primera estrofa y la línea que reza «And so I brooded all the following morn», (1.36), que él traduce erróneamente por «Y así me cobijaba hasta el alba»), su versión parte de presupuestos justificados y razonables. Esta versión quiere partir de presupuestos semejantes, si bien se ha tratado de reducir el número de arcaísmos e inversiones sintácticas, y de utilizar un idioma poético cercano en todo momento al ideal de naturalidad que guió en su día al poeta inglés.*